

CORONAVIRUS/ITALIA

Ahora es demasiado: la policía interrumpe la Misa

ECCLESIA

17_03_2020



**Nico
Spuntoni**



La policía irrumpe en la iglesia e interrumpe la Santa Misa desde el altar. ¿Crónicas de la China comunista? No, estamos en Italia. Precisamente en Cerveteri, un municipio inmerso en lo que (era) el campo romano, conocido sobre todo por ser el hogar de una de las necrópolis etruscas más importantes. La redada de la policial municipal sucedió en la fase final de la celebración que se llevó a cabo en la parroquia de San Francisco de

Asís, localidad de Marina di Cerveteri.

Recién terminaba el momento más solemne de la ceremonia, el de la Eucaristía, pero el párroco no tuvo tiempo para pronunciar la fórmula de despedida en presencia de una iglesia vacía y de los fieles conectados vía streaming. De hecho, dos policías con mascarillas se precipitaron detrás del altar y perentoriamente le dicen al sacerdote que esa celebración no se debe hacer. ¿Motivo de la intervención? El párroco dejó las puertas de su iglesia abiertas y afuera, en el atrio, algunos fieles se reunieron en oración a una distancia superior al conocido metro recomendado por decretos y circulares.

El párroco, tomado por sorpresa justo en el momento de silencio sucesivo a la Comunión, trató de explicar a los guardianes del orden que ha tomado las justas precauciones, hasta el punto de que la entrada a la iglesia está bloqueada por un atril colocado en el centro de la nave. Pero no hay nada que hacer: uno de los dos policías toma posesión del micrófono y comienza el discurso: "Entonces, lo siento, caballeros, no es posible realizar servicios religiosos y reunirse. Por favor, deben irse porque no es posible". El sacerdote, sin embargo, no se enoja y procede sin parpadear con los ritos de conclusión. La escena de la redada, tomada por uno de los pocos fieles que estaba fuera de la iglesia como todos los presentes, es probablemente la demostración más clara de cómo el Papa Francisco tiene razón al decir que "las medidas drásticas no siempre son buenas".

En este caso, de hecho, el párroco de la iglesia laziale implementó lo que el Santo Padre pidió en la homilía pronunciada en Santa Marta con motivo de la celebración de sus siete años de pontificado: "Oremos para que el Espíritu Santo les dé a los pastores la habilidad y el discernimiento pastoral para que puedan proporcionar medidas que no dejen solo al santo pueblo fiel de Dios". Los bancos de la parroquia estaban completamente vacíos y la entrada bloqueada, por lo que se trataba a todos los efectos de una celebración sin la participación de los fieles, de conformidad con las disposiciones emitidas por el obispo competente, Monseñor Gino Reali, y por la Conferencia Episcopal Italiana (CEI) que tuvo que aceptar las medidas severamente restrictivas del decreto gubernamental.

Estas mismas reglas también permiten dejar abiertas las iglesias, por lo que no está claro por qué el párroco, que también se ocupó de limitar la entrada de feligreses al edificio, debía haber cerrado las puertas justo en el momento de la celebración de la Santa Misa dominical celebrada privadamente. Entonces, ¿podemos realmente imaginar a un sacerdote que interrumpe la liturgia para alejar a algunos fieles que llegaron al sagrario y que estaban visiblemente lejos el uno del otro? Más bien, gracias a las

puertas abiertas, Don Mimmo logró adoptar una medida que no dejaría solo al santo pueblo fiel de Dios, tal y como lo solicitó el Papa Francisco el viernes pasado.

Sin embargo, los dos hombres de la policía municipal no eran de la misma opinión. No tomaron en cuenta lo sagrado del lugar, el momento e incluso el código penal que castiga la alteración de una función religiosa. Si se trataba de una violación del decreto del gobierno sobre la emergencia de Coronavirus, podían haberse limitado a llamar a los fieles presentes en el sagrario e invitarlos a regresar a sus hogares. ¿Era realmente necesario irrumpir en la casa del Señor al estilo del FBI durante la Santa Misa e interrumpirla desde el lugar más sagrado de la iglesia, detrás del altar al pie del tabernáculo?

Ni siquiera le evitaron una humillación pública al pobre sacerdote, reprendido en una transmisión en vivo y obligado a restar el micrófono para un anuncio de servicio que se podía muy bien comunicar verbalmente, afuera, a los pocos presentes. Por lo tanto, Don Mimmo se merece un aplauso, porque en total respeto de las normas de seguridad, dejó las puertas de su iglesia abiertas y, a pesar de la comprensible perturbación por la intervención delicada de los funcionarios, continuó sin desanimarse hasta dar fin a la Misa.

La triste escena de Marina di Cerveteri nos recuerda los terribles testimonios de lo que sucedió y sucede donde los católicos son clandestinos; pero al mismo tiempo - dándonos algo de esperanza, nos recuerda las historias sobre esos valientes sacerdotes que, Durante la Segunda Guerra Mundial, continuaron celebrando hasta el final, incluso si mientras caían sobre sus cabezas bombas desde el cielo.